

los impuestos de toda clase, con su origen casual ó debido al capricho; la paulatina aglomeración de feudos y señoríos en una sola masa; la conservación de las contribuciones é impuestos que cobraba el señor de cada territorio, sin que las necesidades siempre apremiantes del reino hayan permitido jamás un arreglo de este caos ni la introducción de una contribución única; y finalmente, la facilidad que siempre tienen los hombres de la hacienda ó sean los capitalistas arrendatarios de los impuestos, de hacer oír su voz en daño del tráfico.

Estos hombres que forman como una corporación son personas de crédito cuya influencia crece con los apuros del gobierno y por lo mismo está en su interés que duren. A este objeto dirigen sus esfuerzos sin reparar en nada, por cuya razón viven en la capital para estar siempre en contacto con el gobierno. Los demás hombres de negocios viven por el contrario diseminados en las provincias, ocupados en sus respectivas industrias, sin relaciones ni protectores cerca del gobierno, sin centro de unión, y su voz, además de ser débil, se hace oír siempre aisladamente y es irremisiblemente ahogada por el coro unísono de sus contrarios, auxiliados por su imponente crédito y por los argumentos de plumas bien cortadas y prácticas que tienen á su servicio. Si un particular atropellado se atreve á llevar su queja á los tribunales abandonando sus negocios, en lugar de ceder y dejarse desollar, se expone á ser vencido, y aunque saliera victorioso, quedaria siempre sujeto á las consecuencias del rencor y despotismo de una poderosa asociación que con la mayor facilidad le arruina cuando quiere, valiéndose de la severidad de las leyes que ha sabido arrancar al ministerio. De estas leyes, y este es todavía el menor mal de todos, hay varias que no pueden aplicarse en general, pero que sirven á los arrendadores de contribuciones en casos especiales para obtener la sumisión de los contribuyentes amenazándolos con su aplicación rigurosa.

Dados estos antecedentes, aparece la teoría de Gournay como un Evangelio salvador. No es menester averiguar aquí si tenia razón cuando suponía que aplicado su sistema jamás estaria en pugna el interés particular con el del país, y que la quinta esencia de toda la sabiduría económica era la libertad de tráfico; lo positivo era que los males de la Francia antigua no podían curarse de otra manera sino dando libertad al trabajo y al tráfico en todo el país, tanto en las ciudades como en el campo, quitándoles las trabas absurdas que los oprimían, atormentaban y ahogaban. Por esto los hombres que descubrieron y pusieron de manifiesto estas verdades con tanto valor personal como Boisguillebert y Vauban merecen ser contados entre los más eminentes de su época.

Lo que pidió Gournay para la industria y el comercio, reclamó Quesnay para la agricultura con el mismo derecho y la misma exageración; y lo que de ambos pareció útil y aplicable á la administración fué puesto á prueba la primera vez por Turgot cuando todavía era intendente. Fué también el primer autor que reunió y analizó los resultados que obtuvo en un sistema nuevo de economía política práctica y científica; y posteriormente cuando llegó á ser ministro, introdujo reformas radicales en conformidad con su nueva doctrina.

IV.—LOS PRIMEROS ESCRITOS DE J. J. ROUSSEAU

Cuando el público inteligente de Francia comprendió claramente las condiciones en que vivía, vió el absurdo en todas partes, en la Iglesia, en el gobierno y en toda su administración y organización. El malestar creciente dió lugar á dudas cada vez más atrevidas respecto del derecho interior

de lo existente; pero los pensadores que con sus dudas habían ido hasta más lejos, habían conservado, aunque no todos lo confesaran, cierta fe que les daba alguna esperanza: la fe en el poder de la razón, de la ilustración, de la civilización progresivas, que según ellos llegarían á disipar la bruma espesa de la superstición, serían más fuertes que la injusticia, la irracionalidad y la fuerza bruta, y fundarían el reinado de la libertad y del amor al género humano. Las dudas de estos hombres no habían pasado más allá del derecho y poder de la civilización que ellos representaban como sus más nobles adeptos, ni habían salido del cuadro de la organización social existente, con sus distinciones de clases, y su distribución desigual de la propiedad cuya dureza no sentían. No sucedió lo mismo con Rousseau.

En los primeros escritos de este hombre sale á la escena otro espíritu completamente diferente. También palpita en ellos una fe y un idealismo; pero muy distantes, no solo de los de la Iglesia, sino también, y acaso más, de los que abrigan los hombres de ciencia, los literatos y artistas. Las dudas parciales de estos se habían generalizado en Rousseau y se extendían á todo lo existente en la sociedad. Rousseau no se contentaba con dudar de los beneficios de la civilización, sino que la rechazaba por completo llamándola la perdición de la humanidad. No impugnaba los cimientos de la sociedad, sino que negaba su necesidad y pedía su destrucción en nombre de leyes eternas, harto tiempo desconocidas; y todo esto con un lenguaje y estilo poderosos, conmovedores y arrebatadores. Otros escribían, la pluma de Rousseau hablaba; otros deslumbraban con su ingenio y discreción, Rousseau arrebataba; las obras de los demás eran leídas con la inteligencia, las de Rousseau con el corazón. Al leerlas parecía que se oía á un tribuno que arrojaba mundos de pensamientos, como los titanes peñas, entre la multitud que retenía el aliento para oír mejor. Llamó él mismo sus primeros escritos *discursos* y no *ensayos* ni *disertaciones*, porque discursos eran; como tales produjeron el efecto de arengas entre los lectores, lo mismo que todo lo que escribió después. Los oradores de la revolución eran todos discípulos de Rousseau (1), que con la retórica tomaron también de su maestro pensamientos, cuyo terrible alcance no conocían ni sospechaban todavía los patriotas franceses cuando Mirabeau dedicó en el *Courrier de Provence* en julio de 1789 las siguientes palabras á la memoria de Rousseau: «Antes de la independencia de la América inglesa se publicó el «Contrato social.» Con él iluminó el filósofo republicano á los héroes de la libertad, porque hasta entonces la mayoría de los publicistas había argüido á la manara «de esclavos que temen ser oídos por sus amos,» ó había empleado todo su talento para justificar, como Montesquieu, lo existente, y cubrir nuestra organización con un barniz engañoso. Solo Rousseau examinó los derechos naturales de la humanidad y los limpió del polvo y arena que los cubría; es decir, de los lazos que los sujetaban á la debilidad, al poder, á la riqueza, á la pobreza, á la desigualdad y á la aristocracia. De este modo enseñó los verdaderos cimientos en que descansa la sociedad, poniendo en evidencia que todo el edificio social está fuera de su asiento allí donde no tiene por base la aprobación de los hombres y el convenio mutuo. Nunca debería hablarse de

(1) En la obra inglesa «Conversaciones con Thiers, Guizot, etc.» Londres 1878, se cita la siguiente expresión de Lamartine: «Los creadores de la literatura actual francesa fueron Voltaire y Rousseau. Al primero debemos nuestra agudeza, nuestra chispa, el brillante juego de pensamientos y nuestra franqueza; á Rousseau nuestro vigor, nuestra pasión nada reñida con una severa dignidad, y en una palabra, nuestra elocuencia; nuestros periodistas son hijos de Voltaire y nuestros oradores lo son de Rousseau.»

libertad sin pagar al mismo tiempo el debido homenaje á este vengador inmortal de la humanidad.»

El fanatismo de la igualdad y de los derechos de la naturaleza humana fué después la gran palanca del movimiento de 1789, y su primer apóstol y predicador Juan Jacobo Rousseau.

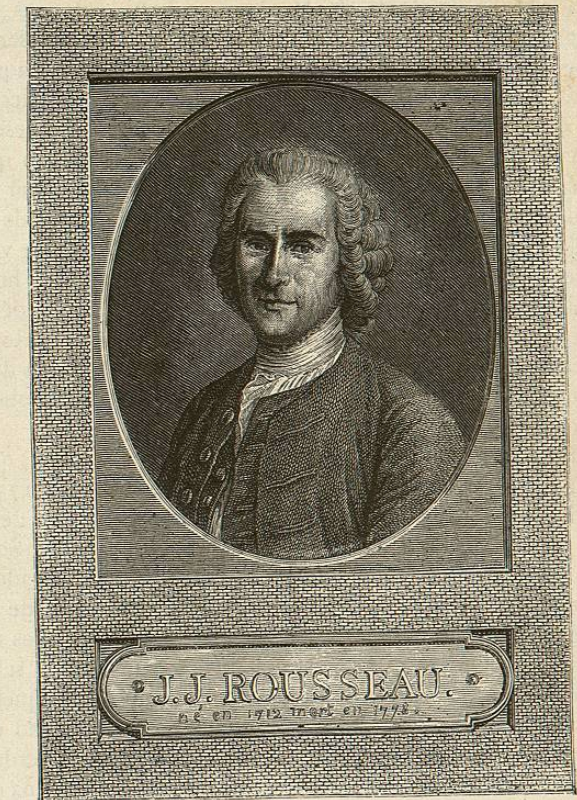
Rousseau nació en Ginebra el 28 de junio de 1712; pasó su infancia durmiendo sobre Plutarco y otras novelas; empleó su adolescencia en correrías y viajes sin objeto; y vivía desde 1741 en París en situación pobrísima, cuando un suceso inopinado le reveló repentinamente su misión, y abrió á su talento vacilante é indeciso el camino en que debía desplegarse con un vigor sin igual. El mismo refiere este suceso en una carta dirigida al presidente Malesherbes, en la cual se pinta á sí propio y después le da cuenta de aquella súbita iluminación que cual rayo de luz había penetrado en las tinieblas de su vida (1). Hé aquí cómo se expresa:

«Parece que no pueden habitar juntos en un hombre un alma perezosa que se espanta de cada esfuerzo, y un temperamento fogoso, excitable, atrabiliario, y excesivamente sensible á todo. Sin embargo, estos dos extremos forman el fondo de mi carácter. Esta contradicción existe aunque no me encuentro capaz de explicarla satisfactoriamente; la siento, conozco su existencia, nada es más cierto; y á falta de explicación puedo por lo menos citar los hechos referentes á este dualismo contradictorio, los cuales le harán más comprensible. En mi infancia tenía más iniciativa y actividad que ahora; pero nunca como los otros niños. La repugnancia y el hastío de todo me llevaron muy temprano á la lectura de libros. Tenía seis años cuando cayó Plutarco en mis manos; dos años después lo sabía de memoria. Leía novelas que me arrancaban torrentes de lágrimas antes de la edad en que suelen interesarnos y conmovernos las novelas. De este modo se formó en mí el gusto de lo heroico y novelesco y ha ido en aumento constante hasta hoy, acabando por hacerme insoportable para todos los que no participaban de mis ilusiones vanas. Mientras fui joven tuve esperanzas de encontrar en el mundo los mismos hombres que había conocido en los libros, y así me entregué sin malicia á cuantos supieron engañarme con cierta jerga que me ha seducido siempre. Era activo por necesidad; á medida que vinieron los desengaños cambié de gustos, tendencias y proyectos; mas con todos estos cambios perdí mi trabajo y el tiempo, y cuando empecé á tener más experiencia, perdí paso á paso hasta la esperanza de encontrar á los hombres de mis novelas, y de consiguiente las ganas de buscarlos. Exacerbado por las decepciones que había sufrido y por las que había presenciado en otros; á menudo afligido de los extravíos á que me había dejado arrastrar por malos ejemplos ó por la fuerza de las circunstancias, me aparté con desprecio del siglo en que vivo y de mis contemporáneos; y como estaba ya convencido de que jamás hallaría entre ellos una posición que satisficiera mi corazón, me he ido separando más y más de la sociedad, y héme creado en mi interior un mundo para mí solo que me encantaba tanto más cuanto que yo lo podía regir y cuidar sin padecer dolor ni exponerme á peligros, encontrándolo siempre á mi gusto, fiel y tal como lo necesitaba.»

En esta descripción se presenta Rousseau menos patéticamente y por tanto con más naturalidad, que en sus *Confesio-*

(1) *Quatre lettres à M. le président de Malesherbes, contenant le vrai tableau de mon caractère et les vrais motifs de toute ma conduite. Œuvres complètes de J. J. Rousseau. Nouvelle édition avec des notes historiques et critiques; augmentée d'un appendice aux Confessions par MUSSET-PATHEY. Bruxelles, 1828, XXXII, págs. 165 á 191.* La carta de que aquí tratamos es la segunda, fechada en Montmorency en 12 de enero de 1762.

siones, escritas posteriormente. La contradicción que encontró entre los extremos de su carácter, no es sin embargo tan rara como él se figuraba. Ya Luis XIV, al oír en su capilla un sermón que trataba de dos entidades que luchaban en el hombre, incesante y ocultamente entre sí, murmuró: «Conozco á esos dos hombres»; solo que este dualismo fué en Rousseau más pronunciado, más anguloso que en otros hombres por una razón potísima, y que sin embargo jamás se le ocurrió. Era porque, soñador, y con un alma por demás sensible, impresionabilísima, siempre dispuesta á verter lágrimas; espíritu noble pero fantástico, indómito con pre-



J. J. Rousseau, Copia del grabado en cobre de Ang. de Saint-Aubin sacado del cuadro original de De la Tour

tensiones superiores é irrealizables, exigiendo una sociedad hecha expresamente para él en todas partes donde se hallaba, no había aprendido jamás lo que son trabajo, deber, obligación y sacrificio personal. Todos los tormentos y desgracias de su vida procedían de la independencia desenfrenada de sus impulsos en cuyo dominio estriba la salud del alma humana; de la impotencia de su voluntad para dominarlos; de la falta, en fin, de esa energía del alma que es como la médula de un carácter educado y vigorizado en el trabajo, acostumbrado á vencerse á sí mismo, y dotado de aquella fe noble que jamás pierde todas las esperanzas y que nos hace entrar en el torbellino de la vida con decisión y serenidad, pero sin ilusiones ni ensueños fantásticos y vanos.

La vida de Rousseau carecía de todo cuanto ennoblece la existencia del hombre, de lo que le sirve de objeto, y le da valor y sustancia, cuando llegó á su noticia en 1749 que la academia de Dijon había anunciado un certamen sobre el tema: «La restauración de las artes y ciencias ¿ha contribuido á mejorar las costumbres?»

Véase cómo Rousseau cuenta el caso en la citada carta: «Fuí á ver á Diderot, que estaba preso en Vincennes, y me llevé un número del *Mercur de France*. Por el camino empecé á pasar la vista por este periódico, y leí la cuestión